

Creatividad, educación y desarrollo académico

GUILLERMO MICHEL

■ Vivir de manera creativa

El es, a mi juicio, la enseñanza fundamental que deberían proporcionar las escuelas, de cualquier nivel y orientación teórica. Pero, sobre todo, enseñar a vivir de manera creativa debería ser, en grado superior, la meta de la formación universitaria. Desgraciadamente, por propia experiencia, mi percepción de la rutinaria vida cotidiana me lleva a sostener que la creatividad está cada vez más ausente de las grises y sobre pobladas aulas de educación superior... y de cualquier tipo de educación (para no ser injustos con la universidad). A medida que la "modernización" nos devora, vamos siendo hechos a imagen y semejanza del gran sistema —el monstruoso Big Brother, pálidamente descrito por Orwell en 1984— el cual se reproduce a través de nosotros, gracias a nosotros y contra nosotros mismos.

La educación —"superior" o "inferior"— casi siempre se reduce a trans-

mitir conocimientos más o menos muertos. La enseñanza de las ciencias (duras, blandas o semiblandas) no toma en consideración, generalmente, que una verdadera actitud científica encierra en sí misma la habilidad mercuriana —del dios Hermes/Mercurio—, para escapar de las redes del pensamiento acrítico, que nos atrapan en lo que Bohm y Peat llaman "el juego sucio": trampas, mentiras, autoengaños, sofismas, distorsiones de la realidad. Todo se acomoda, adecuadamente, por la propia conciencia, para que resulte útil, productivo o deseable al Yo. Como cada Estado, a su vez, en las relaciones internacionales —o con sus "nacionales"— distorsiona también los hechos reales según le convenga a sus intereses.

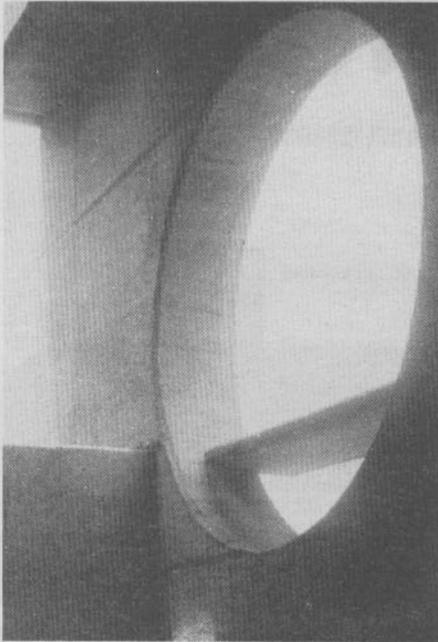
■ El crimen de esa creatividad

Como el fluir de la energía, que se manifiesta en todos los órdenes de la naturaleza y del propio Yo, así debería fluir la creatividad a medida que vamos borrando las fronteras

(imaginarias, irreales) entre cuerpo y psiqué, entre espíritu y materia, entre caos y orden. En esa misma medida se iría profundizando también esa forma creativa de vivir, que proponen los físicos David Bohm y David Peat en su obra *Ciencia, orden y creatividad*.

Si la educación —como lo sugieren sus raíces etimológicas— está destinada a que todo educando saque "lo mejor" de sí mismo, en consecuencia debiera propiciar que éste se exprese creativamente en todo momento del proceso educativo (que sólo culmina con la muerte). Es decir, la sociedad en su conjunto y cada una de sus instituciones debieran configurar ambientes que den a luz oleadas de creatividad: en la ciencia, en las artes, en la religión, en la política, en la educación, y más todavía en el cada vez más necesario conocimiento que integre, en un saber totalizador, ciencia, arte y religión.

Pero no ocurre así. El deber-ser está a millones de años-luz de lo que es. Y, por esto mismo, es posible constatar cada día (y casi a cada momento de la vida) que las intuiciones



en general, y cada una en particular, matan la creatividad, en cuanto que imponen -incluso por la fuerza de la represión, de la coacción o de las amenazas- sus propios sistemas de valores, sus "reglas del juego sucio" o sus "leyes". Basta observar a nuestro alrededor los millones de personas robotizadas, temerosas, sumisas, dóciles a la voz del amo, incapaces de mostrar ya no digamos un gesto creativo sino ni siquiera el menor asomo de protesta. A fuerza de amenazas o de castigos -e incluso de recompensas y premios- han dado muerte a su creatividad. Con lo cual provocan -en las duras palabras de Oriana Fallaci-, "el silencio de los que no reaccionan": apáticos, desidiosos, indiferentes, pasivos, oportunistas de toda laya.

■ Los bloqueos a la creatividad

Bohm y Peat, en la obra ya mencionada, traen a colación un experimento

realizado por Desmond Morris (y publicado en *La biología del arte*). En su experimento, Morris proporcionó a unos chimpancés, lienzos, pinceles y pinturas. Sin previo entrenamiento, los chimpancés lograron plasmar en las telas armónicas figuras de color "que recordaban, de alguna manera, algunas formas del arte moderno como el expresionismo abstracto". Embebidos en su tarea de expresión plástica, auténticamente creativa, olvidaron algunas veces aun sus necesidades más elementales como hacer el amor, jugar, y hasta comer.

Entusiasmado por la reacción de los chimpancés, a Morris se le ocurrió recompensar a aquéllos que mostraran mayor creatividad. Muy pronto, sin embargo, empezó a notar que el trabajo de los más creativos se hacía rutinario e imitativo, hasta que llegaron a realizar sólo el mínimo necesario para dar gusto a su "mecenas", el sabio experimentador.

No únicamente en los niños, sino también en los jóvenes y en los adultos, puede observarse un comportamiento similar, porque, según parece, "la creatividad es incompatible con los premios y los castigos, tanto internos como externos. La razón es evidente. Hacer algo para ser recompensado significa que todo el orden de la actividad, y la energía que necesita, están determinados por exigencias arbitrarias, ajenas a la actividad creativa misma..."

Pareciera que los "modernizadores" de la educación, con su insistencia en "estimular" la carrera magisterial o la carrera académica -mediante becas de apoyo a la docencia o a la investigación- no se han percatado que todos sus estímulos ponen trabas a la creatividad, y lo que resulta -en un exceso de productivismo- son obras (libros, artículos,

informes, pinturas, esculturas, etcétera) triviales, repetitivas, y hasta deleznable. Pues, en este contexto, cuanto producen estos esclavos de la productividad y del eficientismo, lo realizan pensando en su propio provecho. Aunque sea por el noble motivo de sobrevivir en condiciones menos indignas, dado que los salarios de todos los maestros (de cualquier nivel educativo) han caído a niveles no sólo bajos, sino vergonzosamente inferiores.

En estas condiciones, "el establecimiento de metas y esquemas de comportamiento, que se imponen de manera mecánica y autoritaria, y sin comprensión alguna, produce una estructura de conocimiento rígida que bloquea el juego libre del pensamiento y el movimiento libre de la conciencia..., necesarios para que actúe la creatividad" (Bohm y Peats).

■ "Siembra vientos y cosecharás tempestades"

Posiblemente, los más recientes programas de estímulos y becas -como los implantados en muchas universidades del país- que ya no sólo premian la obra producida sino además el llamado credencialismo, o sea las "patentes de corso" obtenidas -los nuevos títulos nobiliarios, como licenciatura, maestría y doctorado-, se basan en la falsa creencia de que así avanzarán las ciencias y la tecnología. Sin embargo, los razonamientos anteriores me llevan a pensar que, a corto o a mediano plazo, surgirá la violencia, para romper los bloqueos que impiden la expresión creativa.

En efecto, la energía reprimida tiende a buscar una salida. Y si no la



encuentra, se canaliza por el camino del autoengaño, de la destructividad, de la creciente hipocresía: "hago como que trabajo, pues tú haces como que me pagas". Este es el camino de la autodestructividad. De esta manera se van imponiendo las reglas del juego sucio, cerrando las puertas del pensamiento libre, de la conciencia libre, atando y matando la propia creatividad "en las heladas aguas del cálculo egoísta", como diría el actualmente vilipendiado Karl Marx.

Ante las exigencias institucionales educativas de que cada uno logre la "excelencia académica", parece que la forma de lograrlo no consiste en dar muerte a la creatividad, sino en valorar justamente el trabajo silencioso, oculto, que se desarrolla en el proceso educativo. En otras palabras, si se demanda excelencia académica, debe otorgarse también un salario de excelencia, sin necesidad de implantar programas que matan la creatividad y favorecen la destructividad, la violencia y todas las trampas inmersas en el juego sucio.

■ Una discusión impostergable

En fechas más o menos recientes, la comunidad universitaria parece haber salido de esta trampa. Por lo menos algunas decenas o centenas de profesores parecieran buscar la salida del laberinto, aunque todavía no encuentren el hilo de Ariadna. En efecto, muchos de ellos han realizado acciones verdaderamente simbólicas y paradigmáticas -como trabajar de "cerillos" en algún supermercado o de "limpiaparabrisas" en algunas esquinas-. Otros han organizado marchas o discusiones grupales y hasta plebiscitos, para hacer frente a la ola destructora del neoliberalismo antiso-



cial, supuestamente modernizador. De alguna manera, el coloquio en el que ahora participamos es un testimonio vivo de esa búsqueda, del deseo de abandonar ya el laberinto del Minotauro.

No sé si mi percepción, como sugieren Bohm y Peat, sea extremadamente sensible o no; pero mi participación en diferentes foros -hasta los informales, en los corredores- me ha permitido comprender que los maestros no nos negamos a la excelencia ni a la productividad ni, menos todavía, a la calidad total. A lo que nos negamos enfáticamente es a considerar la carrera académica como acumulación de "puntos", obtenidos de cualquier manera. Nos negamos a seguir jugando con las trampas implícitas en el juego sucio de la autodestrucción. Nos negamos a ser evaluados por comisiones dictaminadoras torpes y ciegas al trabajo verdaderamente creativo y cuyo desempeño obedece más a reglas burocráticas que al ejercicio de la inteligencia, la comprensión y el respeto a la dignidad humana. Por el contrario, con-

cebimos la carrera académica como un proceso a través del cual transitamos para ser auténticos maestros, acuciosos investigadores y expertos comunicadores y divulgadores de conocimientos. En una palabra, aún aspiramos a que la universidad sea, en el mejor sentido de la palabra, "conciencia crítica de la sociedad".

Desde esta perspectiva, consideramos que el desarrollo de la carrera académica consiste básicamente en impulsar un entorno educativo en el que la docencia, la investigación y la difusión de la cultura sean reconocidas como un servicio fundamental para el país, dada la especial interacción que se da en esta comunidad de maestros y estudiantes, que aspira a la formación integral y a un mayor crecimiento de las personas que participan en el proceso educativo. En consecuencia, también pensamos que las labores docentes deben ser reconocidas como prioritarias, puesto que la universidad es el espacio donde se transmite el saber universal a la comunidad de estudiantes que aspiran a diversos grados académicos.





Sólo en relación con este objetivo, las tareas de investigación adquieren su justo peso y valor; es decir, como parte del desarrollo integral de los educandos. En efecto, formar profesionistas e investigadores conscientes, críticos y reflexivos, capaces de vincular conocimientos e ideas desde diferentes "horizontes de intelección", constituye una tarea fundamental para lograr un desarrollo sistemático e innovador del quehacer científico y tecnológico en cuanto soporte de una transformación del hombre en cuanto persona.

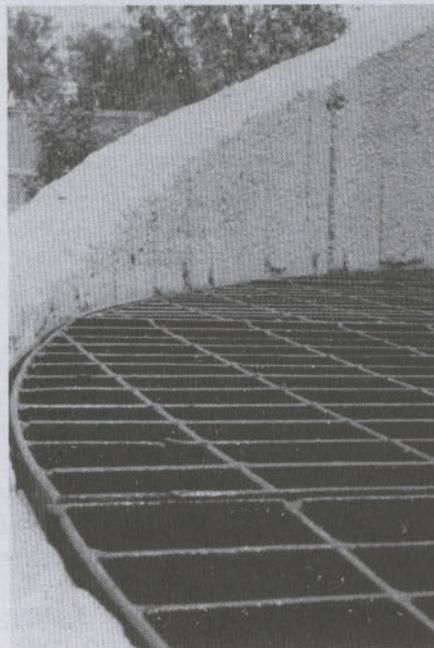
■ Dos nuevas categorías académicas

Ya desde hace tiempo, en las universidades se ha establecido como tope del desarrollo académico la categoría de Titular C. En nuestra universidad, a principios de abril se dió a conocer un proyecto para crear dos nuevas categorías, denominadas Catedrático y Catedrático *Cum Laude*. Ambas fueron rechazadas por la mayoría de los maestros, no únicamente por sus reminiscencias medievales, sino por los requisitos, desproporcionados a las tareas académicas normales, exigidos para el acceso a ellas. Muchos maestros consideramos que para asegurar condiciones de seguridad, estabilidad y motivación permanente entre el personal docente, se requieren dos nuevas categorías —por lo menos—, que sean congruentes con el paradigma de carrera académica aquí propuesto. Es decir, respetuoso del tabulador y del reglamento vigentes.

En mi opinión, podrán tener acceso a estas nuevas categorías quienes reúnan condiciones mínimas de antigüedad al servicio de la institución, acompañadas de una trayecto-

ria académica de responsabilidad y compromiso en su tarea educativa, así como de creatividad en cuanto a la difusión de conocimientos en la comunidad científica o de divulgación entre el público no especializado. Para evaluar tal desempeño deberán tenerse en cuenta todas las actividades desarrolladas al servicio de la universidad, así como los productos elaborados con los fines institucionales esenciales: docencia, investigación y servicio o difusión de la cultura.

Desde mi punto de vista, los criterios de evaluación no únicamente deben ser cuantitativos (como los actuales, basados en puntos), sino también cualitativos y personalizados, a fin de no caer en el "taylorismo" o en el "stajanovismo" productivista. Asimismo, considero imprescindible valorar justamente las actitudes de responsabilidad y compromiso institucional, y considerar los vínculos entre docencia, investigación y servicio o difusión. Igualmente, debieran justi-



preciarse la creatividad, la preparación para una autoeducación permanente (aprender a aprender) y la habilidad para solución de problemas, desde una perspectiva interdisciplinaria. Digo esto a pesar de que reconozco las dificultades para evaluar personas y no cosas llamadas "productos del trabajo". Pero de eso se trata, creo, de las personas concretas. Pues son éstas las que conforman la comunidad universitaria y no los edificios, ni los laboratorios, ni las aulas, ni las publicaciones o demás "productos del trabajo"...

■ Mecanismos de evaluación

Si concebimos la carrera académica como un proceso continuo para incrementar la creatividad y el desarrollo humano de todos los miembros de la comunidad académica, será necesario que las actuales comisiones dictaminadoras modifiquen sus criterios de evaluación, con base en lo anteriormente expuesto. Hasta la fecha, pesan más los criterios cuantitativos que los cualitativos. Sin prescindir de los primeros, será necesario agregar los segundos. Para esto, considero imprescindible elaborar una especie de "reglamento" o "manual" para la operación de las comisiones dictaminadoras. Más aún, en mi opinión, todos aquellos que aspiren a ser "dictaminadores" debieran ser sometidos a un examen previo que pusiera de manifiesto no únicamente su conocimiento de la legislación universitaria sino además su amplitud de criterio. De lo contrario, las comisiones dictaminadoras se convertirán, cada vez más, en una instancia burocratizada, impersonal y autocrática.

En cuanto a los criterios que deben tomarse en cuenta para otor-



gar el acceso a Titular D o E, considero prioritaria la trayectoria académica personal, tomada en conjunto; es decir, el interés comprobado por la autoeducación o autoformación de los candidatos, a fin de desempeñar mejor sus labores fundamentales como maestro, como investigador o como difusor de sus reflexiones e investigaciones.

Asimismo, considerando el compromiso de las universidades con la sociedad global, juzgo necesario otorgar igual o mayor peso a las labores de divulgación científica, mediante artículos o libros que impulsen o promuevan el espíritu crítico, la reflexión sistemática y la toma de decisiones responsable y consciente. En consecuencia, la publicación en revistas de gran circulación o su presentación en los medios de comunicación masiva deberá ser justamente valorada, dado que a lo largo de este siglo se ha ido conformando una nueva cultura de la imagen y del sonido (cine, radio y televisión).

De no menor importancia me parece el contrarrestar el imperio del racionalismo y del positivismo a ultranza, implantados en el paradigma científico contemporáneo. En este sentido, resulta conveniente reconocer en la reflexión sistemática, argumentativa, humanística, metacientífica y multidisciplinaria un elevado valor social, cuyos resultados no

necesariamente son verificables ni tangibles a corto plazo. De lo que se trata es de desarrollar una ciencia con conciencia, y no sólo un conocimiento aplicable a la tecnología.

Desde esta perspectiva, sobre todo en el caso del Titular E, será necesario asignarle tareas orientadas específicamente a la formación de maestros e investigadores creativos, capaces de hacer frente a las necesidades concretas de los educandos. En consecuencia, me parece indispensable que el acceso a las nuevas categorías considere la docencia como tarea prioritaria, e imbuida del propósito deliberado de formar – intelectual y afectivamente– a los educandos, y de transmitirles amor al conocimiento, así como el difícil arte de plantear y resolver problemas.

■ Una tarea siempre inacabada

Construir una auténtica comunidad de aprendizaje, una verdadera comunidad académica, es tarea de siglos, no de años. No es el tiempo, sin embargo, el que hará de nuestras universidades el espacio de conciencia crítica que la sociedad contemporánea demanda. Además de tiempo, considero oportuno, urgente, establecer una red de comunicación permanente interuniversitaria, mediante la cual podamos apoyarnos unos a otros.

Todavía considero vivas y actuales las palabras de Teilhard de Chardin, escritas a principios de este siglo. Ahora las recuerdo, pues, como él, considero que “nuestra época esta cansada de los sectarismos que bloquean la solidaridad humana. Los torbellinos de los partidos nos arrastran hacia lo irrespirable. ¡Necesitamos aire! Es preciso unirse. No en frentes políticos, sino en un frente general de avanzada humana”.

Vida es movimiento. Movimiento es vida. Y para que nuestras comunidades académicas adquieran una nueva vida, una nueva conciencia, necesitan crear un “movimiento” innovador, solidario, a fin de asegurar condiciones de trabajo dignas a todos sus miembros, así como una remuneración significativa a quienes están consagrados a la humilde tarea de formar profesionistas e investigadores críticos, capaces de incidir en la nueva revolución científica que nuestra época requiere. Tal vez en esto soñaron los físicos David Bohm y David Peat cuando escribieron su obra *Ciencia, orden y creatividad*, en la que nos invitan a vivir de manera creativa y a percibir –de manera “extremadamente sensible”– los órdenes y estructuras de relación de los individuos, la sociedad y la naturaleza; en otras palabras, a construir, socialmente, comunitariamente, el conocimiento más valioso. ▲

